



Íntimos. De izquierda a derecha, Antonio, Juan, José, Enrique, Mariano y Rafael, seis grandes amigos de Morente, en el Corral del Carbón. ... GONZÁLEZ MOLERO

«Morente vivió seis vidas»

Amigos del cantaor evocan en una tertulia anécdotas y «la retranca, inteligencia y rigor» del artista

ANGELES PEÑALVER



✉ mapenalver@ideal.es

Íntimos del maestro: tres flamencos, un profesor de filosofía, un cantautor y un director de cine. Compartieron noches y días con él, a quien la muerte lo pilló de improviso

GRANADA. Convocados en el Mesón El Patio, en mitad del desaparecido barrio de La Manigua, seis grandes amigos de Enrique Morente reconstruyen la figura de un hombre excepcional. Falleció hace una semana el genio del flamenco, un insaciable aficionado al cante, un enamorado de la guitarra y de las tertulias, de las que siempre sacaba enseñanza. Él estaría aquí, en un bar granadino, estrecho y con olor a solera, con las paredes llenas de fotografías antiguas que el humo de los cigarrillos impide divisar. Pero, aunque su imagen cuelgue de la pared junto a la de Lorca y su música suene fresca, estamos en la resaca de la muerte del Ronco del Albaicín.

«A veces pienso que se ha ido para tomarse una copa con otra gente. Que se ha cansado de nosotros y que va a volver en cualquier momento», se arranca el guitarrero Rafael Moreno, sentado junto a Antonio Gallegos, vicepresidente de la peña La Platería. Los dos, amigos del artista desde hace cuarenta años, subieron a Madrid nada más conocer

su grave estado de salud, cuando permanecía en la UCI de la clínica La Luz. Los dos asistieron a su entierro el pasado miércoles, en el cementerio de San José de su Granada natal.

Todos coinciden —pero lo narra su amigo Juan Mesas—, en que Enrique Morente bromeaba incesantemente. Tenía retranca, malafollá granadina y una inteligencia y generosidad infinitas que no daban cabida al rencor. «Tanto premio me huele a ciprés», soltaba de vez en cuando. Pero la muerte lo pilló absolutamente de improviso.

Dejó canciones sin terminar, discos, giras a medio hacer, se despidió de los suyos con un hasta luego, se veía a sí mismo lleno de vitalidad y energía. Incluso, dos días antes de su ingreso en el hospital, grabó mensajes en contestadores telefónicos para concertar encuentros de trabajo que habrían de tener lugar en las próximas semanas. Andaba con un homenaje al poeta Ángel González en la cabeza. En su línea, Morente jamás cantó un verso, una copla o prosa exenta de cierta trascenden-

cia existencial. «Era sabio», se emocionan los ojos de Moreno, escondidos tras su generosa barba cana.

Científico de la cultura

«La biblioteca de su casa bien podría ser la envidia de muchos profesores de Lengua. Allí está toda la poesía española, él leyó muchísima. Era un científico de la cultura con una gran capacidad para distinguir un buen texto. Odiaba la banalidad y una de sus mayores virtudes fueron el rigor y la exigencia. Era todo lo contrario a un ser frívolo», abunda Mariano Maresca, profesor de Filosofía en la Universidad de Granada y pieza clave en discos como 'Omega' o 'El pequeño reloj'.

«Escuchaba Radio 5 y Radio Clásica. Y no había una causa que no le preocupara», apostilla el docente. «Yo recuerdo una vez que nos íbamos de su casa de Madrid para varias semanas y, antes de cerrar la puerta, le dije: 'Apaga la radio que te la dejas encendida'. Él contestó: 'No, quiero que las paredes se impregnen de música clásica'», rememora Juan

Mesas. «Le dedicó una canción a Lula de Brasil en 'El pequeño reloj'. Yo me inquieté: '¿Y si sale mal el proyecto político? ¿No te da miedo?'. Morente dijo sonriendo: 'Pues entonces le haremos una letra diciéndolo lo contrario'», añade Rafael Moreno.

«Eso se remata con una clave para entender su discografía y sus infinitas ganas de innovar y evolucionar en el flamenco desde el profundo conocimiento de la tradición: Morente tenía todo un universo creador en la cabeza», apostilla el cantautor Enrique Moratalla, que lo conoció en 1974 a través del poeta Juan de Loxa. Y pone encima de la mesa —atestada de copas, vinos y tabaco— una frase que espetaba con frecuencia el homenajeado: «Estamos vivos de milagro».

Exigente

«Fijate si era exigente que en una época varias veces canceló conciertos si no se encontraba bien de la garganta. Por eso lo criticaron mucho y lo tacharon de informal», recuer-